



La primera noticia que de ellos recibimos -a lo largo de la lectura- nos la da su propio padre, a quien, en la ausencia del hogar, apenas si se le caen de los labios. El momento al que ahora deseamos aludir es aquel en que criado y amo acaban de inaugurar juntos sus andanzas. El pueblo ha quedado atrás, dormido en el regazo de la noche. Nadie ha acudido a despedirlos porque ellos han querido partir en sigilo. Sancho, en la luz indecisa de la hora, se acuerda en tanto avanza por la llanura de su aldea, de su casa, de su mujer, de sus hijos. Don Quijote, rebosante de entusiasmo, le habla de los premios y prebendas que puede alcanzar por haberse adscrito a la caballeresca empresa. Y Sancho responde:

"Desa manera, si yo fuese rey por algún milagro de los que vuestra merced dice, por lo menos Juana Gutiérrez vendría a ser reina y mis hijos infantes". Y aunque en lo íntimo al escudero le queda siempre la duda de que estos hechos pueden verificarse, es el caso que, en el fondo, le brilla también la esperaza. ¡Los hijos de Sancho, infantes, condes, duques o gobernadores! Sueño que no se cumple de verdad nunca, ya que no pasan de hijos de labriego. La mujer de Sancho ve con total desconfianza las aventuras de su esposo. Y así, cuando por primera vez regresa éste al pueblo le clava en el corazón estas frases punzantes: "¿Qué bien habéis sacado de vuestras escuderías? ¿Qué saboyana me traéis a mi? ¿Qué zapaticos a vuestros hijos?"

Pero ¿cuáles y cuántos son estos hijos?, se preguntará el lector desmemoriado. Para saberlo con detalle hay que entrar en la segunda parte de la novela. Juana Gutiérrez (Cervantes sabrá por qué) se ha de llamar Teresa Cascajo o, para más claridad, Teresa Panza. Esta, contagiada en parte de las esperanzas e ilusiones de gobierno de su esposo, sostiene con él, a punto de partir, una conversación, la buena madre nos entera, por fin, de lo que hablamos:

... Pero mirad, Sancho, si por ventura os viéredes con algún gobierno no os olvidéis de mí y de vuestros hijos. Advertid que Sancho tiene ya quince años cabales y es razón que vaya a la escuela, si es que su tío el abad le ha de dejar hecho de la iglesia. Mirad también que Mari Sancha, vuestra hija, no se morirá si la casamos ..." Dos son, por tanto, los hijos de Sancho, y sin duda Sanchico es el primogénito. En cuanto a su hermana, de tres maneras se la designa: Mari Sancha, María y Sanchica. Mas este último nombre es el que prevalece y está bien que así sea, porque Mari Sancha resulta aristocrático e impropio para su clase social; María es demasiado genérico, vago. Sanchica, además de ser el más cariñoso y familiar, es el que más le cuadra y el que justamente señala su estirpe. Así pues, Sanchico y Sanchica son los dos niños determinados, concretos, que engalanan de juventud los capítulos del gran libro.

¿Cómo se imaginará un niño de nuestro tiempo a Sanchico? ¿Cómo se pensará a Sanchica una niña de nuestra edad? ¿Se acordarán los niños contemporáneos de los niños de ayer? ¿Sabrán siquiera que Sanchico y Sanchica existen desde el siglo XII? ¿No les dará pena que sean analfabetos? ¿Tendrán a orgullo patriótico ser amigos de estos dos hermanos inmortales? ¿Los desconocerán?